



**Sangre falsa. Presentación de *Feminicidio en Chile: una realidad ficcionada*, de Ainhoa Vázquez Mejías. Santiago: Cuarto Propio, 2016**

**Nona Fernández**

Pasadas las 19:00 horas del viernes 25 de marzo se corroboró que en el patio de un liceo de la comuna de El Bosque, en la Región Metropolitana, se había encontrado el cuerpo, enterrado, de una mujer. Las sospechas de la familia y los vecinos del sector comenzaron a confirmarse: se trataba de Alison Calderón Hidalgo de 17 años, quien estaba desaparecida desde hace cinco días.

El domingo 20 de marzo muchos estaban preparándose frente al televisor para comenzar a ver el partido entre la Universidad de Chile y Colo Colo, otro superclásico que estaba marcado por una amenaza de paralización de parte de los choferes del Transantiago. Sin embargo, Alison decidió salir a esa hora desde su casa vestida con una polera roja y jeans. Esa fue la última vez que su familia la vio con vida.

Prontamente la familia de Alison comenzó a llenar la comuna con fotos de la joven y afiches en redes sociales en donde entregaban datos del último día que la vieron y la ropa que vestía. Fue la misma hermana de la adolescente, Grisel, quien ocupó la cuenta en Facebook de Alison para comentar, el jueves 24 de marzo a las 07:10 horas, que aún no tenían pistas de la joven.

Pasadas las 19:00 horas del viernes santo y a cinco días de la desaparición de Alison, los vecinos de la comuna de El Bosque comenzaron a agolparse en las afueras del liceo Fray Luis Beltrán. Los rumores se fueron expandiendo y las sospechas finalmente fueron confirmadas por el fiscal Patricio Rosas. El cuerpo enterrado en el patio interior del establecimiento, que posteriormente fue sometido a pruebas de identificación, era el de Alison Calderón.

Fue el mismo fiscal el que le explicó a la prensa que el hallazgo se realizó tras recibir una llamada anónima que entregó datos "certeros de la ubicación del cuerpo".

El muro de Facebook de la joven dejó de tener mensajes en donde le pedían encarecidamente que volviera a su casa o se comunicara con sus familiares. Ahora, sus amigos y conocidos comenzaron a llenarlo de condolencias, escritos en donde la describen como una amiga incondicional que "siempre sembró alegría en cualquier lugar".

Desde ese momento, lo único que quedaba era encontrar al culpable y entregarlo a la justicia.

Lo que he leído hasta ahora contiene todos los ingredientes para ser el argumento del próximo culebrón nocturno. Suspense, horror, misterio, el enigma de un crimen, familiares y amigos de la víctima movilizados; Grisel, la hermana sufriendo, posible protagonista de la trama; Patricio Rosas, fiscal dispuesto a hacer justicia, otro posible protagonista, y lo más importante para la historia: la búsqueda de un culpable. Sin embargo este material no es el de un proyecto televisivo, tampoco el de un *best seller* policial, ni el de ninguna ficción en ningún otro formato. Lo que acabo de leer es la descripción resumida de los sucesos que la prensa ha ido relatando acerca del caso de la joven Alison Calderón.

Y es que el límite que separa la realidad de la ficción es frágil y tiende a desdibujarse. Pero si lo observamos con detalle descubriremos que está pintado con trazos de sangre. Es difícil distinguir qué tipo de sangre. Sangre real, tibia, que rápidamente coagulará, o simplemente pintura roja trabajada por algún director de arte.

Las muertas de la ficción son muertas imaginarias. Viven en la cabeza de algún escritor, se cuelan en las mentes de los lectores, y pueden resucitar las veces que sea necesario para volver a morir en cada lectura. Las muertas de la ficción aparecen en canciones, bailotean en cada verso que las convoca, y reviven cuando el tema vuelve a comenzar. Las muertas de la ficción se lavan las heridas después de grabar las escenas de sus propios asesinatos. Miran su ejecución en un monitor y olvidan su muerte mientras vuelven a sus casas a dormir con sus hijos. La muertas de la ficción se levantan de la escena del crimen, se sacuden el vestuario y reciben los aplausos del público en el escenario función tras función.

Las muertas de la ficción son observadas, reconocidas, estudiadas, visitadas, premiadas, aplaudidas, autografiadas.

Y es que la ficción tiene esa inquietante y seductora facultad de ser el espejo en el que nos podemos observar. Un espejo que enfoca y deforma al mismo tiempo. La ficción es la sombra de la realidad, su sueño y su pesadilla, el destilado, la borra, la ceniza.

FEMINICIDIO EN CHILE, una realidad ficcionada, de Ahinoa Vázquez Mejías, pareciera querer enfrentar las dos caras del espejo. La real y la ficticia. La escenografía de cartón, las balas de plástico, los cuchillos de goma, la sangre de anilina líquida compiten con la misoginia y sus consecuencias más feroces. La cara real del espejo muestra feminicidios reales y se expresa en registros reales, en cifras que aumentan año a año, en casos, en cuerpos como el de Alison Calderón. Cuerpos reales agredidos, violados, mutilados, calcinados, violentados en posibilidades inimaginables. Cuerpos que no serán aplaudidos, ni autografiados, y que con suerte serán reconocidos y enterrados bajo una lápida. La cara real del espejo se escribe y dibuja con sangre real, mientras la cara ficticia intenta pobremente reflejar, nombrar, exponer, visualizar, dar cuenta, problematizar y, con suerte, encender una vela para no olvidar.

Reviso la crónica roja de este 2016 buscando más casos que puedan alimentar más ficciones.

El 2 de enero muere en la comuna de Recoleta Claudia González, madre de dos hijos, asesinada por su pareja con una arma cortopunzante.

El 10 de enero, Magdalena del Rosario Carrillo Levipan, madre de 6 hijos, fue asesinada a puñaladas en la ciudad de Temuco por su pareja, Luis Rolando Rosales.

El 31 de enero, en La Cisterna, Elba Escárate, de 90 años, fue asesinada por su marido Luis Reyes, de 91, quien le disparó con una pistola y posteriormente se suicidó.

El 24 de febrero, René Carvajal Bazán, disparó contra su esposa, Claudia Barrientos Oporto, y luego se suicidó con la misma arma en la localidad de Lago Ranco.

Francisco Marchant, asesinó a su mujer, Silvana Sepúlveda, golpeándola con un bate de béisbol y después se suicidó en la vivienda que compartían en Maipú.

En marzo muere en Antofagasta Karen Wilson, profesora y madre de dos hijos, quien fue estrangulada por su cónyuge, Ricardo Huerta.

Juliana Andrea Acevedo, de 21 años, originaria de Colombia, fue asesinada por su novio, Erwin Mauricio Valdés Ortiz, de 25 años, también de nacionalidad colombiana. Tras matarla con un cuchillo de cocina, el asesino desmembró el cadáver con el mismo instrumento y lo fue a lanzar al Mapocho en dos bolsas de basura.

Cierro mi cacería aquí, en el texto: lo fue a lanzar al Mapocho en dos bolsas de basura.

En el mismo juego de espejos y reveses que propone este libro de Ahinoa, quiero creer que cada vez que muere alguien en el territorio de la ficción, lo hace con la secreta fantasía de que en el mundo real se está salvando una vida. Asesinar mujeres en la ficción para que alguna real observe el crimen y se salve. Faltó una historia para Alison, entonces. Faltó otra para Juliana, para Karen, para Magdalena, y para cada una de las mujeres que han muerto este año. Escribir historias como salvavidas, como escudos defensores, como ángeles de la guarda. Sigamos escribiendo, sigamos ficcionando, porque en el territorio de la ficción ningún cuchillo plástico ha ensuciado nunca de sangre el escenario.

Santiago de Chile, abril, 2016